

“UN VIAJE DE IDA Y VUELTA”

Una vez más se nos presenta la Cuaresma, un camino de cuarenta días en el que se nos hacen muchas invitaciones. Este año se nos hace la invitación a realizar un viaje al interior de nuestra persona. Viaje de cuarenta días al interior de nosotros mismos. Partiendo de la estación y de la situación que nos encontramos y guiados por Jesús y su palabra, nos vamos a mirar a nosotros mismos para después regresar a nuestra vida, habiendo aprendido cómo vivir con mejor autenticidad y con mayor profundidad nuestra vida de seguidores de Jesús. Es lo que conocemos como camino de conversión.

El viaje es un camino de conversión, de cambio. No es un camino triste, penoso. Todo lo contrario, es un viaje alegre, atrayente, no del todo desconocido, pero que producirá en nosotros una alegría inmensa por haber conocido un guía importante en nuestra vida. Experimentaremos al guía al que podemos acudir en cualquier necesidad. Al guía que nos llevará siempre a los mejores lugares donde conocernos tal como somos, lo que somos. Valorarnos y vivir con más confianza en nuestra vida.

Partimos de la situación en que estamos, de la edad que tenemos, del bagaje de vida que hemos tenido, de las distintas relaciones que tenemos. Pero vamos a salir con ilusión, con nuestra historia. No metamos muchas cosas en la maleta. No necesitamos nada más que silencio, ojos profundos para ver bien, oídos bien abiertos para escuchar al guía y ganas y capacidad para entender al guía y hacerle caso.

Se nos presenta **el guía, Jesús.**

El viaje comienza el miércoles día 17 de febrero.

Y lo primero que hace es **invitarnos a creerle, no tener miedo**, a abrirnos a su palabra, pues nos va enseñar cosas interesantes:

*“En este viaje os pido si verdaderamente queréis volver a Mí. Este viaje lo he diseñado Yo. Lo podéis anunciar con este título, **“Volver a Jesús”**”*

Este viaje no termina nunca pero **el día 4 de abril, recibiremos el regalo** que nos iluminará y nos dará fuerza.

El viaje lo comenzamos con algo que hemos aprendido en esta situación de pandemia, nuestra fragilidad física y moral. Nuestras tentaciones de todo tipo. No os preocupéis pues continuaremos descubriendo que la verdad es que Dios siempre es el Padre misericordioso, que no nos condena, sino que nos acoge. Nos abraza, nos sostiene, nos perdona. Sale para devolvernos nuestra dignidad de hijos suyos. Nos pone de nuevo en pie. Nos quita todos los miedos y pone su confianza en nosotros.

Si queréis sembrar esperanza en vosotros y en la comunidad

¡apuntaos al viaje!

descubriréis que lo podéis hacer y que tenéis fuerzas para hacerlo. Os pido que no queráis correr, pero estad atentos.